

# Jorge Luis Borges

José Ignacio Soto

Dicen adiós los que a Dios ruegan por pan, trabajo y más horas para la vida. Pero ya ve, aquella noche al despedirnos y formular la palabra sagrada como usted sabe, no hubo más remedio que cumplir con la costumbre. Otra cosa habría sido tentar al destino y para eso mejor jugar con los dados, que creo que siempre los lleva en el bolsillo del saco. Pero no me reproche nada. Yo no sabía mi final, y para serle sincera desde aquí tampoco puedo intuir el suyo, así que, por favor, no formule la vana pregunta. Lo que sí, Borges, es algo pequeño lo que tengo que pedirle. Espero usted no se niegue. Hágalo en recuerdo de esa caminata entre silencios que dimos cuando éramos tan jóvenes que acaso no lo sabíamos. Pero de eso hace ya tanto...

Usted mismo ha cambiado, aunque reconozco en algunos de sus gestos al que solía ser. El hombre cariñoso y de sonrisa fácil, el que siempre tenía un chiste para sacarme de mi encierro. Me invitaba a helados y caramelos, y siempre rasgaba con la suela de sus zapatos los adoquines tras la lluvia. Algunas veces intenté escribir en mi diario sobre usted, pero me sentí ridícula; para qué escribir sobre usted, si en mi vida era suficiente con escucharlo. Ahora me entretengo pensando en qué habría pasado si a usted no le hubiera sobrado timidez y a mí aquella soberbia infantil. Tal vez hoy estaríamos juntos. Usted sin duda tendría menos libros publicados y yo... yo sería feliz. Habríamos alcanzado tal vez el gran sueño. La hermosa familia. El jardín con flores. El automóvil aparcado en la calle, resplandeciente al sol de Parque Chas. Los hijos jugando al fondo, junto al perro. Y los amigos, cada final de mes, para el asado y el vino. Quizá habría superado su amor por el tango y se habría entregado con locura al jazz, así como yo. Pero ya ve, Borges, soy así, me presumo inmaterial y aun puedo recaer en el platónico deseo de preguntarme por el probable destino de aquellos corazones nuestros, mientras dilato la formulación del favor que quiero pedirle.

Vaya usted a Recoleta. Sé que le dan miedo los buses, pero ánimo, ya verá que el mismo viaje le puede traer novedades. Baje y vaya al lugar donde los árboles extienden sus raíces por fuera de la tierra, donde las margaritas siempre están brillantes. Busque mi nombre, ¿se acuerda? Delia Elena San Marco, y coloque, no sea malo, junto a unas flores, un libro suyo, para que, de esa manera, cuando sienta el arrebató de escucharlo, lo haga por medio de sus palabras y recuerde con más certeza que extrañeza aquella noche en la que, caminando, uno al lado del otro, casi nos tomamos de

las manos en el pleno arribo del tranvía. Supongo que no lo ha olvidado. Para mí, ese fue el momento más importante de mi vida. Jamás volví a sentirme así de enamorada. Me entregué a usted y creo que ni se dio cuenta porque se detuvo a ver las farolas y los anuncios en la licorería, pero no vio mis ojos, ni las lágrimas que intentaban desprenderse de ellos.

Ya sé, amigo Borges, que no soy nadie para ir por usted ni decirle lo que le digo. Una mujer; nada más que eso es lo que soy. Pero se lo recuerdo, porque a veces los recuerdos también hay que compartirlos y el corazón no siempre es un cazador solitario. Ya usted debe saberlo. Pero volviendo a aquella noche, tan simple como las otras, aunque sencillamente tan distinta en su final, sé que no tuvimos tiempo. Habrían sobrado tal vez uno o dos minutos para que todo se consumara, pero no fue así. Vimos al transporte llegar, el anuncio era constante. Toda la noche envuelta bajo el ala de un murciélago, con el ritmo incesante de la maquinaria. Fue entonces su estruendo lo que nos distrajo para que ya nada ocurriera y yo, tonta, conmovida y en confusión, me apresuré con mis pasos para alejarme de usted; y así, en el silencio de mis años, de mi poca experiencia, puse fin a esa dicha. Tan solo levantando la mano, atinando a decirle adiós en quebradas vocales pude conjurar todo lo que sentía, lo que no dije, lo que jamás diría. Hasta hoy, claro. Y es que hoy es un día especial. Hay aviones en vuelo rasante, y ciertas detonaciones alumbran el paisaje. Escucho gritos y pisadas, y no sé si de verdad es lo que creo, pero este fragor es tan viejo como los museos de Recoleta. Así que el llanto de los jóvenes me regresa a usted. Lo recuerdo parado, Borges, como tentando una pregunta y sin entender el vocabulario faltante. Le pido perdón por la demanda. Por este pedido sin razón. Solo sé que cuando nos volvamos a encontrar, bajo la forma que sea dable, iré tras usted y repetiré aquello que solo para mí dije ni bien puse un pie en ese dichoso tranvía del que jamás salí.